

CAPÍTULO VIII

Conclusiones

Gran parte de los conflictos relacionados con el acceso a y el uso de bienes naturales en América Latina se enmarcan en una matriz cuyas relaciones de poder son profundamente asimétricas. El Sur Global está enfrentándose a una dinámica de adquisición de tierras que, a través de tácticas de usurpación para la expansión de monocultivos de palma de aceite y otras plantaciones extensivas, repercute severamente en la reconfiguración espacial y temporal de las cartografías nacionales. Los mayores impactos los afrontan las poblaciones locales, pues no solo se les despoja de sus tierras, sino que se desplazan sus modos de vida, sus formas de organización, sus economías, sus patrones de relación y, en general, su cultura campesina o étnica.

Los impactos del desplazamiento forzado en la ruralidad colombiana han venido retando a las comunidades afectadas a buscar estrategias de resiliencia para actuar ante las asimétricas configuraciones de poder, dominio y concentración de tierras. El desplazamiento forzado ha sido usado como estrategia sistemática por actores armados y no armados para ejercer control territorial en diversas regiones del país. Si bien la agroindustria ha sido presentada como uno de los caminos para promover el desarrollo del campo, sus efectos y beneficios en la sostenibilidad ambiental y social de las comunidades involucradas son altamente controvertidos. En específico, los cultivos de palma de aceite

a larga escala han exacerbado las dinámicas de desplazamiento forzado y han conducido a profundas transformaciones en detrimento de las poblaciones campesinas, afectando no solamente a los ecosistemas, sino causando fisuras en las estructuras del tejido social y comunitario. Si bien estos cambios no se presentan de forma homogénea en todas las regiones, se evidencian afectaciones importantes en los sistemas productivos locales, la soberanía alimentaria de las comunidades, la explotación de la mano de obra entre otros.

Los procesos de transformación de conflictos están estrechamente vinculados a los espacios de construcción de paz, pues juntos emergen paralelamente a través de diversos mecanismos que tienen efectos en la mitigación de las disputas y, a su vez, permiten reconfigurar la dinámica de la confrontación. Para comprender la complejidad de los procesos y las experiencias en la transformación del conflicto y en la construcción de paz es necesario alejarse del enfoque lineal que ha dominado en el análisis académico. En consecuencia, es indispensable reconsiderar esa complejidad en el marco de una estructura de naturaleza multifacética, en la que el cambio y la reconstrucción no siguen una dirección secuencial, sino que están incorporados y relacionados entre sí en diferentes intensidades y niveles. La evolución de estos procesos se hace mucho más perceptible a escala local, dado que allí se configura una simultaneidad espacio-temporal en la que se vinculan diferentes elementos, pero que tiene un *fluir* concatenado a escala nacional. La memoria cultural, las visiones de mundo, las acciones colectivas, entre otros, se convierten en catalizadores que inciden en la transformación de las realidades que ha generado el conflicto prolongado, aportando las semillas para la reconstrucción de la estructura social, comunitaria e institucional.

Antes de diseñar mecanismos para abordar las confrontaciones con los actores en disputa, las comunidades inician procesos organizativos para restaurar el tejido comunitario que ha sido fracturado. La asociación campesina se convierte en una figura vertebral, a través de la cual se reedifican las posibilidades de acción comunitaria, cumplen diferentes funciones en lo político, lo social, lo jurídico y lo cultural. Estas poblaciones se concentran en la autogeneración de potencialidades y la selección de elementos del repertorio sociocultural para reconstituirse

como actores sociales nuevamente. Ese repertorio está fundamentado en la cohesión, la identificación y la movilización de la subjetividad comunitaria, que se basa en principios de reciprocidad y complementariedad con entidades humanas, materiales, inmateriales y espirituales. Es importante observar que la fase de reconstrucción comunitaria surge como estadio previo al manejo de la confrontación con las empresas de industria palmera, pero va aconteciendo de forma simultánea en el marco del manejo del conflicto. Cada una de las asociaciones campesinas ASOCAB, ASPROAS y ACAT que han sido analizadas en este estudio han tenido roles fundamentales en la reconstrucción de la vida comunitaria y su representación en diversos ámbitos y, por lo tanto, indiscutibles efectos en la transformación del conflicto y la construcción de paz.

Para restablecer el tejido comunitario, las comunidades apelan a rescatar la noción de lo pasado como pieza fundamental para la proyección futura. Por ello, más que narrar la conflictividad del presente, las comunidades inician un rescate de la memoria colectiva en sus diferentes matices: lo agrario, lo étnico, lo religioso y lo organizativo, entre otros. El volver al pasado mitiga la fractura del tejido comunitario y abre la posibilidad de recrear nuevas realidades que se orientan hacia la idea del futuro, concretizado en el retorno a la tierra. En este proceso de recuperación colectiva se activan un cúmulo de lenguajes que han servido de vehículo para la transmisión de saberes, cosmologías, experiencias, sentidos y todo aquello que une a los miembros y los identifica como comunidad. La constitución comunitaria integra diferentes tipos de lenguaje y los convierte en signos de representación, y, para estas comunidades estudiadas, el lenguaje musical es poderosamente vital e imprescindible. Tal vez no podemos afirmar que este lenguaje que usan para reconstruir circuitos espaciales y temporales de lo colectivo sea nuevo, pero lo que sí se puede constatar es que se trata de un lenguaje musical renovado. El lenguaje musical regional tiene una importancia preponderante, por ello el ritmo vallenato, propio de la Región Caribe de Colombia, es una de las melodías predilectas para recomponer la memoria colectiva en sus distintos matices. Esa renovación del lenguaje musical se puede identificar tanto en el referente como en el significado; pues, por un lado, la composición vallenata se

compromete a seguir ese *ritual sociolingüístico* que la identifica con su origen local, como a su discurso narrativo y propositivo, alejándose de un carácter estereotipado. Además, si bien retoma la esencia original del cantar vallenato, no se asemeja a la lírica tradicional antigua, sino que sigue el estilo de la canción popular moderna, en tanto que contiene una denuncia hacia los usos y abusos de la agroindustria de la palmera, que ocasiona serios impactos al ambiente colectivo. Los cancioneros populares antiguos no reflejaban en sus versos la tensión de la relación entre amo y trabajadores sino que retrataban un entorno afable e idílico del campo.

Los procesos que están teniendo lugar en el espacio rural contra el despojo de tierras son también perceptibles en los ambientes urbanos, aunque con otros matices. Podríamos sugerir que se trata de la reconstrucción de la memoria histórica desde otras racionalidades y con otros lenguajes. El espacio rural en Colombia viene dando pasos determinantes hacia la reafirmación de marcos de pensamiento y de acción que consoliden la *subjetividad comunitaria* y refuercen la gobernanza ambiental y social fuera de los parámetros utilitaristas y mercantiles en los que se conciben actualmente el manejo de la naturaleza y los recursos naturales. Desde hace varias décadas, se ha venido revelando un dinamismo social y organizativo desde la base y, aunque las condiciones estructurales existentes han querido truncar esas dinámicas, estos procesos, al parecer, siguen tomando mayor fuerza.

El uso de los bienes culturales al que apelan las comunidades locales tiene eco a nivel nacional, porque la afectación que causa el despojo es un fenómeno que por un lado, es recurrente en varias regiones de la Colombia rural, y por otra parte, tiene efectos en la institucionalidad tanto en el campo como en la ciudad. La recomposición del tejido comunitario emerge de la naturaleza del campo que está emparentada con la naturaleza del canto; este, la lírica y la oralidad pertenecen a esos bienes comunes que permiten no solo reconstruir la voz comunitaria, sino también constituir la epistemología del *ethos* comunitario. En ese proceso de restauración, las comunidades recrean y negocian nuevos significados en el contexto de la violencia que se materializan a través de la composición musical. Se manifiesta una polifonía de voces que ha sido desplazada y que reconstruye en la sonoridad, la melodía y el

canto los fundamentos de la cultura agrícola. En este sentido, hay dos procesos de reterritorialización que ocurren de forma paralela y que se retroalimentan entre sí. Por un lado, el poder del canto: el repertorio de la oralidad se instaaura con determinación en el territorio de los discursos para reafirmar su validez y ampliar los significados en lo verbal y no verbal. Por el otro lado, el empoderamiento comunitario: la voz cantora recobra presencia para interpelar por la comunidad y rescatar su validez como actor social e interlocutor. Así, se podría afirmar que esa dualidad de reterritorializaciones constituye una plataforma que formaría parte de los factores invisibles que contribuyen a la transformación simétrica de las relaciones estructurales de poder.

Una vez que las comunidades logran reafirmarse con la fuerza de la melodía, el poder del lenguaje musical trasciende el ámbito comunitario y se convierte en instrumento de comunicación e interlocución ante otros actores. En este sentido, el empoderamiento a través de la voz melódica incide también en los factores visibles del manejo y la transformación del conflicto. En realidad, no es solo el canto como voz lo que aporta un nuevo lenguaje en estos procesos, sino que sus profundos aportes se pueden evidenciar en la significación textual y contextual, ya que es portador de los significados tanto cognitivos como emotivos de la experiencia comunitaria campesina y étnica.

Los textos de los cantos tematizan la reconstrucción de sus estilos de vida, sus valoraciones sobre la naturaleza, sus relaciones con los ciclos de cultivo y sus interacciones con los mundos espirituales, materiales y no materiales; es decir, en ellos se plasma la recuperación de esa cosmología campesina y étnica que sitúa las temporalidades y enlaza las continuidades de la vida rural. El proceso de producción en el que surgen esas composiciones debe ser entendido como una movilización de los bienes socioculturales para recuperar la vida territorial y, al mismo tiempo, el poder explicar el sinsentido causado por la violencia del destierro. Esa movilización tiene claras incidencias tanto en la dinámica como en el desarrollo del conflicto, pues, si bien las acciones que emprenden las comunidades no dependen directamente de la gestación del canto ni de su proceso de producción, el material sonoro y lírico sí actúa dentro de un conjunto semiótico y se convierte en signo que refuerza y motiva los significados comunitarios. Desde

esa perspectiva, la producción, el consumo y la difusión de la lírica campesina testimonial generan significados de relación que influyen en las acciones comunitarias y en el quehacer político, ya que a través de ellos se resguardan las semillas de lo que se traduce en acciones políticas, jurídicas y de resiliencia, entre otras.

El proceso de producción musical supone un lugar de reflexión sobre los valores fundamentales y las racionalidades que caracterizan a las comunidades. Asimismo, la creación oral implica deliberar cuáles son los pilares sobre los que se diseña el retorno al territorio del que fueron desplazados forzosamente, por eso los cantos ponen en consideración la gestión y la gobernanza de lo territorial, la labor agrícola, el rol del campesino, la soberanía alimentaria, la sustentabilidad, la economía agrícola, etcétera. Estos panoramas de continuidad temporal son el fruto de las reflexiones sobre cómo proceder, qué comunicar y cómo interactuar en los contextos de la confrontación. No es preciso deslindar el texto lírico del contexto comunitario: la naturaleza de la producción musical emana del contexto extra-artístico.

El texto lírico recrea un marco conceptual donde se representan nuevas equivalencias en torno a las valoraciones sobre la naturaleza, la tierra, el campesinado y la paz que germinan desde la racionalidad de la *unidad-común* o comunitaria. Se trata de la resignificación de las temáticas que han ocasionado la confrontación. Esas equivalencias deconstruyen los postulados de la agroindustria respecto al uso y el acceso de los bienes naturales y a la subjetividad comunitaria de la identidad campesina; es decir, a través de la producción del discurso lírico se reconfiguran categorías de valoración de la tierra y el territorio que cuestionan los términos de intercambio mercantil que han convertido los recursos naturales en riquezas individuales. Se reafirman los significados de la territorialidad situando al agricultor, a los bienes naturales y a los bienes inmateriales como piezas de un circuito de reciprocidades y complementos. Esta concepción devuelve los recursos naturales a la condición de *sujetos* y los libera de la función puramente utilitarista que les ha dado la agroindustria. Esas equivalencias y su resignificación aportan una comprensión de la naturaleza como *ser* no *dominable*, no *cuantificable*.

La creación lírico-musical actúa en la reconstrucción de significados no solo de la razón, sino de la emoción. Por un lado, es un dispositivo de recepción del dolor social y, por el otro, es un artefacto que va a incidir en la motivación colectiva. La relación entre producir y consumir los cantos, que es lo que sucede en las poblaciones de estudio, acontece en el marco de un cúmulo de sentidos, asociaciones y sensaciones. Esto es evidente en la idea de resistencia y resiliencia comunitarias, de tal manera que la reiteración de esos actos musicales hace que se conviertan en referentes culturales comunitarios asociados con la lucha pacífica. En esa medida, algunas de estas composiciones se vuelven fuentes líricas con un alto contenido visual que evocan al campesino, la tierra, el territorio, lo ancestral, lo étnico, el origen, etc., y que tienen incidencia porque estimulan la acción y la interacción en la búsqueda de la equidad y la construcción de la paz. En las acciones de retorno, el acompañamiento de las melodías compuestas por la comunidad de Las Pavas, por ejemplo, es representativa: se refuerza la evocación visual del regreso y en muchos cantos hay una imbricación entre presente y futuro que contribuye a esas asociaciones entre la razón y la emoción.

En la práctica cotidiana de las comunidades el manejo del conflicto no corresponde a un acto aislado en la evolución y desarrollo para solventar las disputas, sino que está incorporado en las estrategias de resiliencia. A pesar de los ambientes de hostilidad y violencia abierta, las comunidades han propiciado procesos de mediación y encuentro dentro de un marco estructural creado para la concertación; algunas veces con participación de actores externos y otras, dentro de las alianzas en red de la que forman parte los colectivos. Es preciso resaltar que se percibe un giro importante en los paradigmas sobre los que se basa la negociación del conflicto. Mientras algunas comunidades afectadas por la usurpación de territorios negocian en la distribución de los dividendos que pueda generar un sistema productivo agrícola, las comunidades objeto de enfoque de este estudio no negocian la relación, tenencia y gobernanza de la tierra dentro de los parámetros mercantilistas, sino dentro de los parámetros de una ecología cultural que integra otras dimensiones y posibilidades de relación entre seres humanos y naturaleza basados en principios de reciprocidad y complemento.

Por eso, sus acuerdos no están orientados a la distribución de la plusvalía o los dividendos provenientes de los recursos naturales, sino a la creación y reproducción de sistemas que favorezcan los modos de vida comunitarios y locales, el acervo cultural campesino y el *ethos* campesino y étnico. De ahí que los conceptos de espacialidad, lugar y pertenencia constituyan matrices sustanciales en los mecanismos utilizados por estas comunidades. Una particularidad en el proceso del manejo del conflicto es que se distingue la búsqueda de la paz en el marco de un cambio estructural, en contraposición a un pacifismo sin fruto. En este sentido, las acciones que llevan a cabo las comunidades podrían ser catalogadas como actos provocativos o renuentes, pero, desde la perspectiva de transformación del conflicto, son precisamente esas acciones las que puede tener mayor incidencia en las modificaciones estructurales que conducen a la equidad. No siempre las acciones de cooperación entre actores desembocan en equilibrio de poder. Por el contrario, la aparente cooperación lleva a que los actores con mayor poder obliguen a los actores más vulnerables a alinearse con sus objetivos. En este orden de ideas, la no cooperación bajo esas circunstancias potencializará la exacerbación del conflicto. Las comunidades de este estudio, no son casos aislados, sino que son representativas para una amplia franja de colectivos en el territorio nacional que buscan la resolución del conflicto apelando a los parámetros ecológico-culturales para encontrar marcos de concertación. Las acciones de retorno al territorio emprendidas por algunas de las comunidades aquí estudiadas son actos que han demandado mayor cohesión y fuerza comunitarias. Los retornos están concebidos como una búsqueda de espacios de convivencia y diseñados como parte de las acciones de resiliencia, por lo tanto, pueden ser entendidos como parte del proceso de construcción de la paz.

Aunque en el contexto del postconflicto se hable de una transición y de una justicia transicional, sería casi más acertado hablar de procesos de transmutación. Este concepto se acerca más a la noción de cambio en las formas y las prácticas y se aleja de la idea lineal de un orden progresivo. Si concebimos las acciones autónomas de las comunidades, las estrategias de movilización para tener presencia en los medios y los mecanismos para emprender acciones jurídicas entre

otras, podemos afirmar que estas formas del manejo del conflicto han cultivado espacios de resistencia pacífica en sus diversas expresiones y han erigido, paralelamente, lugares simbólicos y físicos para impulsar prácticas de convivencia. Las culturas de convivencia son interludios en los que se administran la distribución de la equidad y las correspondencias entre las dimensiones de la cosmología comunitaria; pueden ser de naturaleza material o inmaterial y su razón de ser es la búsqueda del bienestar común, y sus elementos constitutivos son multitemporales o multiespaciales; se encuentran interconectados entre sí pero no son híbridos, sino heterogéneos y abigarrados.

El acto de retornar a las regiones de origen, les permite a las comunidades desplazadas situar cartográficamente esos espacios y darles vida plena. Las comunidades de las zonas humanitarias, la comunidad de Las Pavas, la comunidad de El Garzal y muchas otras que no han sido estudiadas aquí, al volver a sus territorios logran recomponer el espacio físico y adecuarlo con sus funcionalidades que corresponden a su cultura étnica y campesina. En el caso de las zonas humanitarias, el diseño de organización espacial en forma de telaraña ilustra de forma grandiosa cómo la construcción de espacios de convivencia es análoga a las relaciones de reciprocidad y de complemento. Así como hay una relación de equidad, se busca una relación donde se reconoce la diferencia. De igual manera, la diferencia es resignificada y entendida como punto de confluencia y no de divergencia. Los múltiples lugares, espacios, interludios, sitios de la convivencia que han protegido las culturas comunitarias, tanto en Colombia como en otros puntos del Sur Global, en medio del despojo territorial, están aún por ser explorados. Lo importante es que, por lo menos, sepamos que existen y que haya razones que despierten nuestra curiosidad para conocerlos. Lo que necesitaríamos, definitivamente, con profunda urgencia como sociedad, en tiempo *transformación* es tener la capacidad de despojarnos de la racionalidad individualista y permitir que las melodías comunitarias por la paz se conviertan en sonidos polifónicos de nuestra cotidianidad.